

El último Magonero.

El viejo miró hacia el suelo como queriendo confirmar que tenía los pies sobre territorio mexicano, y luego dirigió la vista hacia atrás, a los dos agentes norteamericanos que lo habían traído esposado desde Fort Leavenworth y que ahora volvían a internarse en Estados Unidos de Norteamérica. Había ganado una guerra. Suspiró y sonrió. Fue una pequeña guerra, personal, terca. Una mínima satisfacción dentro de la enorme derrota.

En la cabeza, compuso su primer manifiesto en territorio mexicano: Manifiesto a los trabajadores del mundo dos puntos y aparte Soy el felón presidiario de Leavenworth punto y seguido Soy el insostenible como el trastornador del orden puntos suspensivos Vengo deportado para no volver jamás Interrogación (porque ahora las máquinas de escribir tendrían interrogación de apertura, ¿o no la tendrían?) Y qué se cierra interrogación Eso también me honra ante vosotros punto Admiraciones ¡A la lucha hermanos! Vengo dispuesto a ayudaros en la continuación de la obra interrumpida...

Porque de eso se trataba, de reanudar, de volver a la guerra social. Ese pensamiento lo había salvado de morir de tristeza cuando asesinaron a Ricardo. Ese pensamiento lo había mantenido en pie.

El viejo (¿es un viejo este hombre que ha cumplido hace un par de meses tan sólo cincuenta y nueve años?) sabe que tiene que abandonar las antiguas historias. No

son malas historias, por cierto, pero hay que abandonarlas, dejarlas reposar en las noches de sueños de gloria y pesadillas. «Sería lamentable gastar la poca vida que me sobra en contemplaciones y lamentaciones», se dice.

Yo tampoco voy a volver sobre esas viejas historias para contarlas, ya lo hizo en su día James D. Cockroft y lo hará pronto mi amigo Jacinto Barrera. El viejo y yo estamos hoy, setenta años después, aquí, reunidos sobre los papeles, para contar una historia que empieza cuando a un hombre de cincuenta y nueve años, desdentado, mermado por la enfermedad («salgo hecho un harapo humano; enfermo, viejo y ya sin dientes»), dos agentes policiales gringos le quitan las esposas y lo dejan en la línea fronteriza. La historia empieza cuando Librado Rivera regresa a México tras dieciocho años de exilio, de los cuales ha pasado once y medio en las cárceles norteamericanas; cuando Librado regresa a su país a vivir su última gran aventura, a darle forma y contenido a la alucinante saga de la que será protagonista en los próximos nueve años.

Por tanto, esta historia se inicia a fines de octubre de 1923, cuando el último magonero cruza la frontera. Aunque quizá haya que retroceder brevemente, cinco años quizá, para ofrecer un resumen apretadísimo de los orígenes de su detención y de la guerra privada y pública que ha permitido que Librado esté hoy pisando tierra mexicana.

En agosto de 1918, Librado Rivera y Ricardo Flores Magón fueron sentenciados a quince años de prisión por delitos de prensa en Estados Unidos. Su «Manifiesto a los trabajadores del mundo» fue pretexto para que en medio de una tremenda oleada represiva, que afectó a toda la izquierda radical norteamericana, los mexicanos fueran detenidos y el periódico Regeneración clausurado. Su detención marginaba muy

oportunamente al ala más radical de la izquierda revolucionaria mexicana.

Cuatro años más tarde, derrotado Pancho Villa, asesinado Emiliano Zapata, triunfantes los sectores moderados, la revolución en proceso de institucionalización, los congresos de los estados se hicieron eco de las demandas obreras y presionaron al gobierno de Estados Unidos para que liberara a los magonistas presos. En abril de 1922, la legislatura yucateca hizo su solicitud a las autoridades norteamericanas y en los siguientes meses se pronunciaron en el mismo sentido los congresos de San Luis Potosí, Durango, Sonora, Coahuila, Querétaro, Hidalgo, Aguascalientes y México. A la iniciativa oficial se sumaron miles de cartas de organizaciones sindicales, acompañadas frecuentemente por movilizaciones, paros y manifestaciones ante los consulados norteamericanos en México. La presión no fue suficiente. Presos estaban y por ahora presos se quedarían. ¿Sólo presos? El 16 de noviembre de 1922 muere Ricardo Flores Magón en circunstancias muy extrañas. El médico de la prisión extiende un certificado atribuyendo la muerte a una angina de pecho. Librado Rivera es obligado a comunicar la noticia al exterior sin expresar sus dudas. Que ha muerto a causa de la falta de atención médica es evidente, pero ¿ha habido algo más? En la cárcel circulan rumores de que fue estrangulado por un celador. Días después, un preso mexicano mata al supuesto asesino. Todo queda entre sombras. A Librado se le impide no sólo investigar, también informar al exterior («lamento no poder mencionarte nada que se refiera a nuestro común hermano, no tengo la libertad para hacerlo»).

Durante un par de meses, el viejo cae en una tremenda depresión y postración nerviosa en su celda, de la que sólo lo sacan las noticias sobre la recepción que se da en México al cuerpo de Ricardo: «Esas manifestaciones de cariño por parte de nuestros compañeros los esclavos del salario me hacen mucho alivio y tranquilidad a

la mente».

Después de todo, la muerte no es el anonimato, la soledad final. Los «otros», que han sido sólo imágenes en los últimos días del magonismo, existen. Son obreros, campesinos, comunidades agrarias, sindicatos, banderas rojas y negras en las estaciones del tren, gritos de «Viva Tierra y Libertad», rumor de multitudes.

Librado Rivera se estremece sacudido por el grito o por el silencio de los grupos de trabajadores que velan el cuerpo de Ricardo al otro lado de la frontera. El último magonero vibra con el homenaje y se apresta para el próximo combate que se dará cuando cruce el río Bravo. En abril de 1923 la Cámara de Diputados de San Luis Potosí aprueba una pensión de cinco pesos diarios para Librado Rivera mientras se encuentre en prisión; él la rechaza: «No quiero nada del Estado», dice. Ese mismo mes, reafirmando su anarquismo, escribe: «Se me exige obedecer a la ley, ¿y qué ley está hecha para ayudar al pobre? Todas las leyes están hechas para proteger al rico, y la más inicua de todas es la ley que considera como sagrado el derecho de propiedad privada, base de todas las desigualdades sociales y de todas las injusticias [...] Si esa ley no existiera, las dificultades se arreglarían fácil y satisfactoriamente en bien de todos [...] Mis sentimientos y mi amor a la humanidad están muy por encima de toda ley».

Las movilizaciones en México, la muerte de Ricardo, el carácter de «precursores de la revolución» (de «esa» revolución, que hoy es poder) con el que el gobierno quiere institucionalizar a los magonistas para sacarlos de la lucha diaria y colocarlos en los libros de historia, permite que se cree un frente amplísimo por la libertad de Rivera. Desde los anarcosindicalistas de la CGT y los sindicalistas ferroviarios, hasta la dirección corrupta de los sindicatos oficiales de la CROM, desde los ex magonistas que integran el ala izquierda del gobierno como Díaz Soto y Gama o Villarreal, hasta

el propio presidente Obregón o el ex presidente De la Huerta, se movilizan en mayor o menor grado y presionan a los norteamericanos.

A principios de mayo de 1923, el embajador mexicano en Washington interviene ante el Departamento de Estado pidiendo el indulto para Rivera. El Departamento de Estado pospone su respuesta, hasta que sus enviados sondeen al viejo en la prisión de Leavenworth. El día 9 se le ofrece la libertad bajo palabra, y se niega a aceptarla. No se reconoce culpable, no reconoce el delito por el que ha sido encarcelado («no es un acto criminal sino un laudable acto de justicia»). El día 27 las autoridades insisten en que acepte un indulto condicionado al reconocimiento del delito y sólo logran del viejo la siguiente respuesta: «Lejos está de mi mente la idea de abandonar la lucha emprendida desde hace tantos años en favor del pobre. Las amenazas y castigos no me acobardan ni desaniman; mucho menos me convencerán de que he obrado mal. Estas tácticas producirán bellos resultados sobre chiquillos [...] no doblaré la cerviz, nunca me arrepentiré». El Departamento de Estado decide por tanto no conceder el indulto que Rivera se niega a aceptar y lo informa en junio a la embajada mexicana. Pero las presiones siguen. Al fin, el 6 de octubre, las autoridades norteamericanas, bastante hartas del «caso Rivera», deciden conmutar la sentencia de quince años por la deportación. Librado ha vencido. La embajada mexicana le ofrece, a través del cónsul de México en Kansas City, el pago de los gastos de transporte hasta el punto de México que él elija.

Librado contesta: «No estoy dispuesto a aceptarlo, a pesar de mi pobreza y los escasos fondos con que cuento»; y más tarde le escribirá a un compañero: «Preferí venir preso e incomunicado como me trajeron los esbirros de aquel país, hasta que me entregaron en manos de las autoridades mexicanas en la línea fronteriza».

En la frontera, el último magonero se encuentra sin dinero, enfermo, sin planes; a no

ser que se pueda llamar plan a la intención de ir a San Luis Potosí a ver a su anciana madre («temo que ya no mereconozca la pobrecita»). Su esposa ha muerto durante la etapa de prisión en Estados Unidos y sus hijos se han quedado del otro lado de la frontera; sus compañeros de lucha han caído en combate en infinitos levantamientos y enfrentamientos armados en los últimos veinte años, y los que no, se han rendido ante el realismo cínico de la revolución a medias. Pero Librado, hombre rodeado de derrotas y muertos, velador de principios y de cadáveres entrañables, no se ha rendido. Cualquier observador imparcial podría detectar un brillo en los ojos del rostro moreno y anguloso, una fuerza que irradia la cara rematada por una mata de pelo crespo aborregado que tiene ya bastantes canas, y el cuerpo cubierto con un traje que parece estar en la percha equivocada. Librado dirá en una carta a un compañero al referirse a su situación: «No importa, hermano, energías tengo de sobra para seguir en la brega».

Nicolás T. Bernal, el hombre orquesta del comité pro presos de la CGT, a la desesperada, ofrece libros gratis a los que le envíen una pequeña ayuda económica a Librado. Parece ser que el plan funciona porque Rivera se traslada a San Luis Potosí, y se instala en la casa familiar, en la tercera de Vallejo número 16. Casi de inmediato pronuncia en un club obrero un discurso sobre los presos de Texas, los magonistas aún detenidos, y edita un «Manifiesto a los trabajadores del mundo», donde después de declararse listo para proseguir la lucha, informa que se encuentra trabajando en un texto sobre la muerte de Ricardo Flores Magón, pero que las enfermedades y la falta de recursos le han impedido terminarlo.

Parece ser que en esta primera etapa se dedica a retomar relaciones epistolares con los grupos anarquistas regados por el país y con sus viejos amigos norteamericanos y europeos, recobrar fuerzas y colocarse en el panorama nacional. Las cosas se ven de

una manera hartamente diferente cuando las rejas y la distancia no alteran y deforman la visión del país lejano: está Obregón y sus ex magonistas en el poder, está la revolución de mentiras, está la oposición obrera anarcosindicalista, la CGT, a la que observó con cuidado, porque sin duda hay afinidades; pero Librado viene de muchos años de vida sectaria en el violado santuario magonero norteamericano, y no es cosa de asociarse con el primer advenedizo. Los proyectos varían, los nombres cambian; está el sindicalismo amarillo, al que desde la cárcel Flores Magón y él consideraron un aliado potencial por los apoyos que daba a la causa de los presos, pero la CROM vista desde cerca más bien le parece un nido de ratas que ha usado y abusado del prestigio de Ricardo para sus fines de crear un sindicalismo aliado al gobierno; están los grupos autónomos sindicales en ferrocarriles, está el aborto del agrarismo domesticado de Soto y Gama; y, por último, están los grupos, sobre todo Nicolás T. Bernal y su trabajo de divulgación del pensamiento magonista; y está Enrique Flores Magón, el hermano del patriarca, el último desertor, al que hay que vigilar cuidadosamente, sobre todo ahora que se ha embarcado en una gira de propaganda por la república, que le ha producido, si no éxitos, si abundante eco publicitario.

Todo esto hay que verlo con cuidado antes de tomar decisiones, piensa el viejo Librado, mientras el aire de San Luis y la comida lo van revitalizando.

El «enemigo» se acerca al viejo, coquetea con él. La operación de institucionalización de los «precursores» se le aproxima, Obregón practica un método que sus herederos institucionalizarán en México durante décadas: «Durante mi estancia en San Luis Potosí se me ofreció una curul para senador, otra para diputado y, por último, un alumno mío, actual director de la Escuela Normal para profesores de aquella misma ciudad, me ofreció las Cátedras de Filosofía y Pedagogía, ganando un sueldo regular. Pero nada de eso acepté a pesar de la miseria en que siempre he vivido».

¿Qué busca Librado mientras se repone físicamente? Una continuidad del proyecto magonista. ¿Y esa continuidad, por dónde pasa? ¿Qué puede ser el magonismo sin su original razón de ser, el combate a la dictadura de Porfirio Díaz? ¿El enfrentamiento al gobierno reaccionario de Carranza y su piel de oveja? ¿Cuáles son los caminos de la próxima revolución, la que destruirá el Estado, la propiedad privada, traerá el reino de la solidaridad a la tierra? Algunos amigos lo animan a buscar un entendimiento con Enrique Flores Magón, que durante todo 1923 recorrió el país en una gira de agitación promoviendo el relanzamiento de Regeneración. Le sugieren incluso la posibilidad de animar una Federación de Grupos Anarquistas Mexicanos, reunir las dos docenas de grupos en que se refugian los restos del movimiento magonista y los nuevos hombres que surgen al calor del sindicalismo ácrata de la CGT y que lo proponen como uno de sus tutores ideológicos. Librado se muestra reacio a estas proposiciones. Parece que no cree en las organizaciones centralizadas, por tanto se niega a impulsar una federación. Viene convencido, sin embargo, de las virtudes de la propagación de la idea, de las magias de la palabra escrita. Simpatiza con la CGT, pero no se une a ella. Las tensiones entre el pasado y el presente son muy grandes.

Hacia fines de junio, su amigo Pierre comprueba que el viejo esta «mejor de salud y el equilibrio vital se va operando poco a poco en su quebrantado organismo por el largo cautiverio en Leavenworth». Un mes después, Librado participa en la organización del grupo anarquista Tierra y Libertad en la ciudad de San Luis Potosí, cuya función esencial será hacer «propaganda revolucionaria entre los campesinos», y del que forman parte quince jóvenes militantes. La hora de volver a la brega se acerca. San Luis Potosí es un escenario limitado para las próximas acciones. Librado, además, en



el hogar familiar, se encuentra muy presionado por su anciana madre, que en una crisis de senilidad trata de que su anarquista hijo regrese al seno de la religión. La coyuntura para dejar la ciudad se presenta cuando José C. Valadés, dirigente de la CGT, pasa por San Luis Potosí de regreso de Tampico y rumbo a la capital. El puerto petrolero se encuentra en plena efervescencia a causa del sindicalismo revolucionario, y no es difícil reconstruir los argumentos de Valadés; Tampico es un verdadero baluarte de la confederación, no importa el número de adherentes (cerca de doce mil) sino su valor moral. En primer lugar, está su fuerte y valeroso elemento anarquista (es la única parte del país donde hay camaradas de diversas partes del mundo, hasta asiáticos); y en segundo, que la organización obrera en Tampico afecta los grandes intereses de Wall Street. El principal obstáculo, el económico, parece resolverse con una invitación del floreciente sindicato anarcosindicalista del petróleo para que Librado vaya a Tampico y comience a dar conferencias en las diferentes secciones de la organización. Librado no duda y tras su conversación con Valadés (segunda semana de septiembre de 1924) hace las maletas y se va al corazón de la guerra social: ¡Tampico! Ciertamente, el puerto y su ciudad gemela, Villa Cecilia, son el corazón no sólo de la zona petrolera y portuaria, lo son también de un ascenso de las luchas obreras. Los anarquistas disputan acremente la dirección ideológica del movimiento con otras cuatro tendencias. Un fenómeno sólo visto en esa región, mientras que en otras partes del país la lucha tiende a producirse entre tres fuerzas: amarillos cromistas, blancos patronales y rojos (anarquistas, comunistas o woblies). En Tampico todo es complejo: hay amarillos cromistas que utilizan sus relaciones con el gobierno central para crearse un espacio de maniobra. Librado aún no los conoce bien; su radicalismo declarativo, sus homenajes a los próceres magonistas lo confunden, no los entiende todavía como lo que son: parte del proceso

institucionalizador de los «precursores», en el que se quedan apariencias y palabras, pero no compromiso con las ideas y los actos. El centrismo, conocido en Tampico como autonomismo, tiene su punto de apoyo en la gran organización de los alijadores, de relaciones no muy transparentes con la gran figura política local, Emilio Portes Gil. En torno a ellos y a su poder, múltiples sindicatos se organizan. El partido comunista ha colocado una pequeña cuña en el movimiento a través de su organización local, en la que militan algunos cuadros destacados del sindicalismo petrolero. Además existe en el puerto una tendencia de los IWW.

En el campo anarquista, dos grupos brillan por encima de los demás: los Hermanos Rojos, de Villa Cecilia, un grupo dedicado a labores de propaganda, que ha mostrado su constancia editando primero El Pequeño Grande y luego Sagitario; y Los Iguales, dedicado de lleno a la organización de la federación local de la CGT, que en el último año ha logrado, tras dos luchas tremendas (las huelgas de los trabajadores de aguas minerales y de los petroleros de la Huasteca), levantar la organización anarcosindicalista. Curiosamente, Librado opta por incorporarse a los Hermanos Rojos.

La labor de propaganda está más cerca de su experiencia, de su entendimiento. Pero al mismo tiempo que se suma al anarquismo más cerrado, más de grupo y menos «línea de masas», le inyecta nuevos aires.

Un informe del Secretario de la CGT a la Internacional Anarcosinicalista (la AIT), registra en sólo un mes el cambio que se ha producido: «Los compañeros que en Tampico editan Sagitario, por ejemplo, encerrados en su grupismo, tenían completamente abandonado al movimiento obrero, ahora han comprendido su error. El último número de Sagitario muestra el cambio». Librado, auxiliado por el pequeño grupo de Sagitario, en el que destaca Pedro Gudiño, se ve de repente en el centro del

movimiento sindical antigubernamental del país. Recién llegado, un acontecimiento habría de conmoverlo profundamente, y al mismo tiempo mostrar que el viejo estaba en su mejor forma, dispuesto a pasar a la acción y comprometer su voz en la lucha. El primero de octubre, fuerzas del ejército disparan contra una manifestación de trabajadores de la Mexican Gulf que se encuentran en huelga. La represión se realiza contra el segundo gran sindicato petrolero que han organizado.

El regreso del último magonero los anarquistas. Librado publica, en quince días, tres artículos sobre la matanza que sacan chispas, denunciando minuciosamente que los tiroteados (que sufren un muerto y varios heridos, además de posteriores detenciones) iban desarmados en el momento del choque. Su lenguaje no ha perdido fuerza («protestamos contra la maldita soldadesca asesina») y su estilo rompe con la tradición de Sagitario de hacer un periodismo de ideas, para hacer un periodismo de denuncia e información.

La sangre vuelve a correr por las venas del viejo.

En sus circulares aparece una dirección en Villa Cecilia. Se trata de un cuarto redondo, sofocante. Tenía por cama un jergón de paja cubierta con una piel de res. Allí también estaba la imprenta. Un peinazo con cinco o seis cajas de tipos y una prensita de pedal. Rivera y Gudiño escribían. Aquél componía y formaba las planas; éste, tras su jornada de trabajo, pedaleaba la prensa.

Así se gestaba Sagitario, con sus cinco mil ejemplares que luego eran distribuidos a los grupos anarquistas del país y militantes extranjeros, ¿De qué vivía Librado? Parece ser que apartaba una pequeña parte de los ingresos del periódico por su labor

de tipógrafo, pero ésta era insuficiente hasta para cubrir los mínimos gastos de la vida miserable que llevaba. Otros pocos centavos salían de la venta de materiales del Grupo Ricardo Flores Magón, que Nicolás T. Bernal le hacía llegar desde Ciudad de México. A sus sesenta años, Librado vendía, ambulantemente, en las puertas de fábricas y talleres, en las barcas que cruzaban el río para llevar a los obreros a las refinerías, textos de Magón, de Reclús, de Práxedes Guerrero, biografías de Bakunin... La imagen del viejo anarquista empezó a hacerse popular en asambleas, huelgas, mítines y actos culturales.

Sus artículos, dos o tres en cada número, eran publicados en las páginas de Sagitario y Alba Anárquica de Monterrey, Horizonte libertario de Aguascalientes y Nuestra Palabra o Verbo Rojo, que se editaban en el D. F.

Aunque concentrado en estas tareas periodísticas, Librado encontró tiempo para pagar deudas emocionales y organizó el comité de defensa de los magonistas presos en Texas, que se encargó de la difusión de los motivos por los que Rangel y sus compañeros se encontraban encarc-lados, y de peticiones de libertad y colectas económicas.

Al mismo tiempo, en torno a él, en la zona petrolera veracruzana y tamaulipeca, cuyo centro estaba en Tampico, se producían grandes movimientos. La huelga de la Mexican Gulf fue derrotada, pero casi inmediatamente surgió la de la Huasteca Petroleum (febrero de 1925), encabezada también por los anarquistas, y luego hubo movimientos en los campos de la Corona y la Transcontinental donde había una previa organización de IWW. Librado fue afinando sus posiciones ante el movimiento sindical y comenzó a denunciar los juegos sucios de la CROM, sus alianzas con el gobierno y los capitalistas para hacerse con la dirección del movimiento.

En febrero de 1925, el viejo anarquista se involucró profundamente en el movimiento

de los profesores de enseñanza básica de Villa Cecilia, que dirigía la federación local de la CGT.

Durante los seis primeros meses de 1925, la cuestión de qué fuerza sindical sería determinante en la región petrolera permaneció sin respuesta. Librado puso su granito de arena para apoyar a los anarcosindicalistas con su máquina de escribir y con Sagitario. En ocho meses editó once números del periódico en colaboración con Pedro Gudiño y escribió veintiséis artículos. No fue suficiente. Ni la tenacidad publicitaria de Librado, ni la labor de los cuadros de la CGT, Ríos, Valadés y Antonio Pacheco que permanecieron en Tampico varios meses tratando de afianzar el movimiento, ni las tremendas huelgas de los trabajadores de las dragas, los maestros, los estableros y los petroleros. Sometidos a la represión, atacados por los sindicatos blancos, la CROM y los autónomos, presionados por las compañías y el gobierno, los anarcosindicalistas fueron derrotados en esta oleada. Para agosto de 1925, el movimiento estaba reducido a su mínima expresión. Librado y el grupo Hermanos Rojos permanecían en pie y seguía saliendo Sagitario, aunque con menos regularidad y con menos fuerza tras de sí.

En mayo de 1925, Librado advertía que la llegada de Plutarco Elías Calles a la presidencia de la república significaría, tanto para el movimiento obrero y campesino como para su corriente más radical, una negra etapa. En un artículo significativamente titulado «Abajo todo gobierno», comentaba: «Estamos en pleno despotismo. Entramos en el período álgido de la tiranía». Y comparando al nuevo presidente con su viejo opositor, decía: «Díaz no se hacía llamar revolucionario ni amigo de los trabajadores».

La crisis del sindicalismo rojo en la zona petrolera no desanimó al viejo magonero, que en materia de derrotas había reunido mucha sabiduría sobre sus espaldas.

Durante 1925 y 1926 hizo suyas varias campañas. Quizá la más importante fue la que emprendió por la liberación de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, que sólo habría de terminar después de la ejecución de los dos anarquistas italoamericanos en 1927. Conectado con ellos a través de la red de publicaciones ácratas existentes en Estados Unidos, Librado intercambió con los dos detenidos correspondencia personal, fragmentos de la cual fueron publicados como parte de la campaña.

Vanzetti le escribía a Librado, a mediados de 1925, una carta en que agradecía la labor de los grupos de Tampico y Villa Cecilia, se preocupaba por la suerte de los presos de Texas y terminaba: «Deposita en mi nombre una flor roja en la tumba de nuestro inolvidable Ricardo». Probablemente Librado nunca llevó a Ciudad de México la flor que le pedía Bartolomeo Vanzetti, pero lo que sin duda no olvidó fue a los dos anarquistas italianos. La campaña de Sagitario, a la que se sumaron otros periódicos anarquistas mexicanos, sensibilizó a los sindicatos rojos.

En enero de 1926 se produjeron manifestaciones obreras en Puebla, frente al consulado norteamericano. En mayo de ese mismo año, Vanzetti le escribía a Rivera y éste reproducía en Sagitario: «Mi querido camarada Rivera: hoy todo el tribunal de la Suprema Corte del estado de Massachusetts negó nuestra apelación para un nuevo jurado. Estas noticias llegarán y sorprenderán como un rayo en cielo raso. Tú conoces a este país demasiado bien para no comprender lo que la negación significa. ¡No hay que forjarse ilusiones! Solamente los trabajadores del mundo y todos ustedes, camaradas nuestros, pueden salvarnos de la silla eléctrica y darnos libertad. Ánimo, camarada Rivera, y que nuestra suerte no te entristezca. Sabremos ser hombres hasta la muerte. Nuestro lema todavía es y será: dadnos la libertad o dadnos la muerte. Con recuerdos fraternales a todos los trabajadores de México».

El llamado desesperado de Vanzetti y la campaña de Librado promovieron un acuerdo

de la sección local de la CGT de Tampico para que los obreros boicotearan las mercancías norteamericanas, y un acuerdo del congreso cegetista de julio de 1926 para intensificar la campaña solidaria con Sacco y Vanzetti. Hubo manifestaciones de los IWW y una amplia intervención del PCM en el asunto a través de su Liga internacional Pro Luchadores Perseguidos. A pesar de la movilización internacional, de la que los actos mexicanos representaban una mínima parte, la hora del «asesinato legal» se acercaba. En mayo, Vanzetti y Sacco dirigieron una nueva carta a los anarquistas mexicanos: «Se ha fijado el día 10 de julio para ejecutarnos: el enemigo no nos ha dejado más que unos pocos días de vida [...] Llevaremos vuestro recuerdo al fondo de nuestras sepulturas. Pero permitidnos que también os hablemos de la vida. Camaradas y amigos: vivid alegres y altivos. No hay que doblegarse o detenerse ante el dolor o la derrota [...] el enemigo no puede destruir ideas, derechos, verdades o causas».

La respuesta de la CGT fue una huelga de un día, el 15 de junio de 1927, con movilizaciones frente a los consulados norteamericanos, y envío de mensajes y telegramas. La huelga se repitió el 10 de agosto (doce días antes de la ejecución) y en ella participaron incluso sindicatos cromistas.

Los últimos meses de 1925 y el año 1926, con el movimiento sindicalista revolucionario de la región petrolera en crisis, vieron a Librado concentrarse en labores de propaganda ideológica. A lo largo de esos quince meses, produjo artículos sobre la «farsa de la repartición de las tierras», fijando una posición antipolítica, cooperativista y anarquista ante el problema de la distribución de la tierra y llamando a la defensa armada de los campesinos contra las agresiones de los militares y de las bandas armadas de los terratenientes. Polemizó contra los comunistas con gran violencia y defendió a los indios yaquis, en guerra contra el gobierno central.

En esa etapa, la represión callista comenzó a golpear a los grupos anarquistas de la región, pero dejando en paz a los «viejitos» de Sagitario. En octubre de 1925, un mitin del grupo Afinidad fue atacado por la policía y hubo abundantes disparos, tras los que fueron detenidos tres de los organizadores y un repartidor de Sagitario. En enero de 1926 fue detenido Román González, repartidor de propaganda anarquista de los grupos Afinidad y Luz al Esclavo; finalmente, el 31 de marzo de 1927 la policía cayó sobre Florentino Ibarra, uno de los distribuidores de Sagitario.

En ese periodo, Librado había producido trece números de Sagitario el último, del 26 de marzo, estaba encabezado por un virulento ataque firmado por él contra la política gubernamental de llevar la guerra a los indios yaquis en Sonora.

El primero de abril de 1927, un viejo flaco y con un traje astroso se presentó en la oficina del jefe de policía de Tampico; ante él, «un individuo de muy baja estatura, cara redonda, color amarillento de la piel». Era el coronel Rivadeneira.

Librado le preguntó: «Deseo saber la causa de la detención del obrero Florentino Ibarra». El coronel dijo que lo ignoraba y mandó al viejo a entrevistarse con el preso. Ibarra, en la rejilla, contó que fue arrestado cuando estaba vendiendo Sagitario. Librado no quedó satisfecho y de nuevo fue a ver al coronel. Le respondieron que el jefe de policía no podía tener en la memoria las causas de la detención de un preso y que aquello no era una agencia de información pública. Los policías presentes trataron de acallar al viejo, que continuó reclamándoles. Librado les respondió: «Esbirros desgraciados». Lo detuvieron por insultos a la policía. Librado les preguntó: «¿Qué se trata de hacer conmigo?». Se hizo un largo silencio. «Puede retirarse», dijo uno de ellos. Pero el viejo no se quedó ahí. Fue a visitar al juez de distrito, quien dijo no saber nada; regresó con la policía nuevamente y ésta es la narración que dejó de los hechos:



«Volví a ver al jefe de policía, a quien le referí lo dicho por el juez de distrito.

»—Bueno —me dijo—, ¿es usted el que escribe este periódico?

»—Sí, yo soy quien lo escribe. Si hay algo malo en él, yo soy el único responsable de todo; deseo que ponga en completa libertad a Ibarra.

»—Que se detenga a este hombre, por orden del juzgado del distrito.

»—El juzgado de distrito no sabe nada de este asunto —aclaré yo—, ¿o son ustedes los que van a ordenar al juez de distrito?

»—Nosotros somos la autoridad y la autoridad manda».

Librado es enviado a la prisión de Andonegui. El día 3 de abril, comparece ante el agente del ministerio público. Se presenta en esos momentos una comisión de la Liga Internacional Pro Luchadores Perseguidos a pedir la libertad de los dos detenidos. El agente, para amedrentarlos, les pregunta si comulgan con las ideas de Sagitario. Uno de los comisionados, Francisco Flores, contesta que sí y es detenido de inmediato; otros dos evaden la respuesta diciendo que defienden la libertad de expresión y a los trabajadores. A partir de ese momento se inicia un duelo entre el agente del ministerio público y el viejo anarquista, que resulta cautivador:

«—¿Conoce usted este periódico, señor Rivera?

»—Sí, lo conozco, puesto que yo lo hice, y aunque hay artículos que no están firmados también fueron escritos por mí, por un olvido no les puse mi nombre.

»—El primer artículo, “Por la razón o la fuerza”, así como el segundo traen frases calumniosas para el señor presidente, especialmente en donde dice que es asesino.

»—Asesino es toda persona que mata a otra con toda premeditación, alevosía y ventaja. Actualmente ha ordenado Calles el asesinato y exterminio de los yaquis, y aunque él no lo haga personalmente, es el cómplice primero de ese crimen.

»—La pretensión de usted de negar la necesidad de gobierno se encuentra en completa contradicción con los hechos. El hombre nunca ha dejado de tener gobierno.

»—No es cierto eso, porque el hombre primitivo no tuvo gobierno; nació libre, completamente libre en las selvas y en los bosques de las montañas. ¿O cuál fue ese gobierno? ¡Si lo sabe, dígamelo usted!

»—Yo juzgo indispensable ordenar la detención de usted, señor Rivera, porque considero a usted un embaucador y un explotador de los trabajadores, a quienes engaña pidiéndoles dinero o usándolos para que le vendan el periódico como acontece a ese pobre obrero Florentino Ibarra que está aquí sufriendo por causa suya. También figuran aquí en la administración del periódico cantidades de dinero, como Manuel Rizo, envió dos pesos...

»—¿Y cuánto de ese dinero recibido es para mí? ¿Puede usted decírmelo?

»—Siendo usted enemigo del asesinato, ustedes lo autorizaban para venir a matar gente. ¿Cómo me explica esa contradicción manifiesta en su modo de pensar?

»—Nosotros los anarquistas estamos de acuerdo con hacer uso de la fuerza armada para derrocar a la fuerza organizada del gobierno. Sin el ejército y sin esa esbirrada que se llama policía, los gobiernos caerían en menos de veinticuatro horas sin necesidad de hacer uso de la fuerza.

»—Yo lo considero a usted un desviado de su cerebro, un extravagante y un vividor del sudor de los ignorantes trabajadores que llega usted a sugestionar predicándoles la igualdad, etcétera. Si usted aconseja esas teorías, ¿por qué no empieza usted a practicarlas con sus mismos compañeros? Veo a usted con corbata y no se la pasa a su compañero que no la trae; la camisa también se la debería dar. ¡Vamos! ¿Por qué no lo hace usted que ama tanto la igualdad?

»—Porque con esa repartición no conseguiría yo nada más que el beneficio de otro compañero. Las cosas continuarían como están y la humanidad de hambrientos y necesitados continuaría en las mismísimas situaciones de antes. Nuestra lucha no tiende a remediar las condiciones miserables de unos pocos. Sino las de todos los habitantes de la Tierra [...] Un cambio completo [...] un mundo sin fronteras y sin patrias [...] cuyos representantes son los gobiernos, de los que usted, señor agente del ministerio público, es uno de sus puntales y uno de los parásitos sociales que viven chupando la sangre de los que trabajan.

»—¿Ha terminado usted con sus insultos, señor Rivera?

»—Sí, he terminado, aunque no considero como insultos las verdades que estoy refiriendo».

El día 8 se declaró la formal prisión de Rivera. Y casi inmediatamente comenzaron a producirse protestas en la prensa obrera y la prensa anarquista internacional, así como movilizaciones para su liberación.

Los cargos de «injurias al primer magistrado de la república» no eran suficientes para mantenerlo en prisión, y el juez se declaró incompetente, con lo que se turnó el caso a jueces de orden común manteniéndose a los detenidos en la penitenciaría de Andonegui.

El gobierno de Calles estaba dispuesto a pagar el costo del desprestigio que la detención del viejo luchador social representaba, a cambio de sentar el precedente de que la guerra del Yaqui era sagrada.

El siguiente número de Sagitario salió repitiendo los artículos por los que Librado había sido detenido y con Pedro Gudiño oculto. Un número más vio la luz en mayo conteniendo las múltiples protestas de los sindicatos nacionales y una reafirmación de fe de Librado: «No quito ni una sola letra a lo expuesto en los artículos denunciados, que no contienen calumnias de ningún género, sino el mérito de exponer verdades que han lastimado la susceptibilidad del actual mandatario, a quien sólo rodea una colmena de serviles aduladores». De abril a noviembre de 1927, Librado permaneció en una húmeda celda de la prisión de Andonegui. De nada sirvieron las movilizaciones y cartas enviadas a Calles por organizaciones mexicanas y

extranjeras. Su mayor dolor era no poder empujar la campaña por la libertad de Sacco y Vanzetti que en esos meses llegaba a su punto más alto con las huelgas generales. Librado estaba en la cárcel cuando se produjo la ejecución. En junio salió el último número de Sagitario. El grupo, con buena parte de sus miembros encarcelados y el resto perseguidos, ahogado económicamente, no pudo sostener la tarea editorial. Librado encontró un nuevo espacio, aunque poco efectivo, para transmitir su mensaje a los trabajadores mexicanos y escribió algunos artículos en Cultura Proletaria de Nueva York, desde la cárcel. En uno de ellos decía: «Las verdades que lanzaba en la cátedra contra la dictadura de entonces, hoy las lanzo desde el presidio contra la dictadura de hoy y las seguiré lanzando mientras no me acorten el resuello en sus calabozos regeneradores».

Tras siete meses de prisión, el 4 de noviembre, Librado Rivera salió en libertad. En vista de que se había negado a aceptar la libertad condicional tuvieron que decretar el «sobreseimiento de la causa». En la cárcel había cumplido los sesenta y tres años.

Un día antes de la salida de Librado de la cárcel, un proyecto periodístico estimulado por él nació en Monterrey. El nuevo periódico, bautizado Avante, incluyó en su primer número dos largos artículos del magonista: uno, la reproducción de un discurso que pronunció en la prisión el 16 de septiembre, donde establecía su singular versión de la independencia de México, y el otro, dedicado a probar un paralelismo entre su primer encarcelamiento en 1902 y el actual. Detrás del diario se encontraba el sindicato metalúrgico de la ciudad, pero duró tan sólo tres números. En febrero de 1928, renació ya en Villa Cecilia, iniciando de nuevo su numeración y ya con Librado Rivera como director. Ahí arranca una trayectoria similar a la de Sagitario. Un poema a la terquedad y la irreductibilidad.

Avante asume la labor de propaganda, la difusión de la idea: circulares de grupos anarquistas, campañas por la libertad de presos, textos «clásicos». Formalmente es un periódico superior a Sagitario, de cuatro páginas apenas, pero de mayores dimensiones. Pero Librado no debe de estar demasiado orgulloso de su nuevo hijo. Ya no es un órgano de combate, es tan sólo un órgano de propaganda de las ideas, de denuncias aisladas, de resistencia. La CGT, ante la continua ofensiva de los gobiernos de Obregón y Calles, se ha replegado; formalmente mantiene su línea de absoluta independencia respecto al poder central y de acción ofensiva permanente contra el capital, pero la organización se encuentra desgastada. Muchos de sus mejores cuadros la han abandonado, sus sindicatos están mermados por decenas de luchas, despidos, cierres constantes en la industria. La crisis de la CROM la hará revivir temporalmente, pero no encontrará la continuidad de su vieja línea.

Librado persiste. Los ritmos del movimiento no son los suyos. Él sólo tiene un ritmo: continuo y pa´ delante. A la muerte de Obregón, el 17 de julio de 1928, Librado responde con un artículo titulado «La muerte de Álvaro Obregón», en el que declara: «La humanidad de los oprimidos está de plácemes, ha desaparecido un tirano». Sus amigos distantes de Verbo Rojo en el D. F. Siguen su ejemplo y publican «Un tirano menos», con lo que los autores van a dar a la cárcel. Suena premonitorio de lo que va a suceder. Dejemos que Librado lo narre:

«Como a la una de la tarde del día 22, se presentó en mi modesta oficina una persona de aspecto obrero, con un recado verbal de que me llamaban urgentemente los compañeros a la imprenta.

»Algo extraordinario ocurre, me dije, porque los compañeros nunca me mandan llamar

[...] Pero ya en mi camino noté la presencia de varios esbirros: apostados en las esquinas de la cuadra. Uno de ellos, al verme voltear la esquina se dirigió hacia mí y hablándome por mi nombre me detuvo presentándome una orden de arresto [...] Al llegar a la jefatura de policía de Cecilia [...] la persona que me leyó la orden del general Benignos, jefe de las operaciones militares en el puerto, me indicó que me quitara el sombrero.

»—No acostumbro hacerlo cuando alguien me lo ordena —le dije—, sino cuando yo quiero. Además, ¿no están ustedes luchando por establecer en México una democracia?

»—Está bien —me contestó.

»—Entonces sí, ahora me lo quito, por pura cortesía.

»—Después de leerme la orden que tenía en sus manos fui conducido por cuatro o cinco esbirros que me llevaron al Cuartel de la jefatura de operaciones de Tampico, en donde fui encerrado en un calabozo custodiado por guardias armados hasta los dientes, como si se tratara de un asesino feroz.

»Cinco horas más tarde me llevaron a la oficina del general quien a la sazón leía Avante. En la primera plana ya se veían marcados con tinta roja los artículos “La muerte de Álvaro Obregón” y “El desbarajuste político”.

»—¿Usted publica este periódico?

»—Sí —contesté yo.

»—En él calumnia usted al general Obregón, ¿por qué lo hace usted?

»—No lo calumnio, lo que digo es la pura verdad.

»—Siendo usted uno de los precursores de la revolución hoy hecha gobierno, respete usted las leyes emanadas de esa revolución.

»—Allí está el error —le repliqué—, en creer que nosotros iniciamos la revolución para quitar del gobierno a Porfirio Díaz y poner otro igual en su lugar».

El general Benignos, tras otro par de discusiones similares que Rivera sostuvo con dos de sus subordinados, le informó que quedaba detenido. Sin embargo, poco tiempo después lo sacaron del calabozo y le dijeron que estaba libre. Ocho días más tarde narraba la historia en el número 13 de Avante.

Librado continuó su labor editorial. A lo largo de 1928 editó veinte números de Avante y un extra; inició campañas contra la política de Calles ante el conflicto religioso y denunció las represiones locales contra los anarquistas de los grupos.

Muy ilustrativo de su posición en esos momentos fue el debate en que intervino en torno a la posibilidad de crear una Federación de Grupos Anarquistas en México. Respondiendo a la iniciativa de Verbo Rojo, Avante se pronunció contra la federación, «por ser esencialmente una idea antianarquista». Volvían los viejos tiempos de la



propaganda, no los tiempos de la organización.

Desde diciembre de 1928, ocupaba el poder interinamente, por la muerte de Álvaro Obregón, un hombre que conocía bien a Librado, Emilio Portes Gil, fundador del Partido Socialista Fronterizo de Tamaulipas, gobernador del estado, abogado de sindicatos en la época carrancista, padrino de la tendencia sindical neutra contra la que habían chocado violentamente la CGT y los grupos anarquistas. Si en el resto del país su política laboral inicial permitió un amplio espacio de movimiento a las corrientes de izquierda (en aquella época el ejecutivo estaba liberándose de la CROM) e incluso trató de atraerlas, en Tamaulipas la ofensiva contra la izquierda fue más lejos de lo que había ido anteriormente.

El ejecutor había de ser el general Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar. Librado cuenta:

«Fui arrestado el 19 de febrero; se me sacó en la noche de mi calabozo para ser conducido a las oficinas del general Eulogio Ortiz, jefe de la guarnición militar del puerto de Tampico; se me hizo despóticamente la pregunta siguiente:

»—¿Conque usted es enemigo del gobierno?

»—De todos los gobiernos —le contesté.

»Dirigiéndose luego a su secretario, le ordenó en términos enérgicos:

»—Mañana me levanta usted un acta bien detallada sobre la declaración que dé este viejo cabrón [...].

»—En la mañana del 20 fui llevado nuevamente a la oficina del general Eulogio Ortiz, quien se paseaba en el salón con Avante en las manos. Se me puso un asiento y comenzó el interrogatorio.

»—¿Quién escribió este artículo “Atentado dinamitero”?

»—Yo lo escribí.

»—Léalo usted para que recuerde bien lo que dice.

»Como me negué a hacerlo, por estar seguro de su contenido, el general, enfurecido y colérico, se arrojó sobre mí, diciéndome:

»—¡Mire, viejo cabrón; usted me va a decir aquí toda la verdad!

»—Siempre que he convenido decirla, la he dicho y la diré, aunque por decirla me cueste la vida.

»Esta contestación terminó con dos formidables puñetazos en mi cara y tomando en seguida un cinturón de cuero se puso en actitud amenazadora.

»—¿Por qué hijos de la chingada llama usted parásito al presidente de la república, viejo cabrón?

»La pregunta fue acompañada de fuertes correazos en la cabeza.

»—Juzgo que mi criterio en el uso de esa palabra es muy distinto al suyo. Yo llamo parásito al que vive del trabajo ajeno —contesté.

»—¡Entonces usted también es un parásito porque vive de los que le mandan dinero para publicar su periódico! —arguyó el esbirro.

»—Usted no encontrará en el periódico cantidad alguna destinada para mí. Los trabajadores que mandan dinero para publicar su periódico lo hacen por amor a las ideas y con el fin de contribuir a la ilustración del pueblo para propagar y llevar la luz al cerebro de sus compañeros explotados.

»—A ver, tráiganme el fuste para arreglar a este viejo loco cabrón -dijo Ortiz a los que le rodeaban.

»Se presenta en seguida un ayudante trayendo un diccionario:

»—Anarquía —dice— es la falta de todo gobierno; desorden y confusión por falta de autoridad.

»—Esa definición es la propagada por los escritores burgueses, y no la anarquía que yo propago en Avante, en donde se ve la acción violenta de los gobiernos confirmada en los hechos. Entretanto, deseo saber el nombre de usted, que me ha ultrajado tan infamemente —increpé al general Ortiz.

»—Su padre, cabrón —contestó el esbirro.

»—Mi padre no era tan bestia.

»—¿Qué dice usted?

»Y se arrojó sobre mí propinándome varios fuetazos acompañados de nuevos insultos.

»—¿Y qué opinión tiene del ejército? —me preguntó.

»—El ejército sirve para sostener a los gobiernos en el poder.

»—El ejército sirve para defender a la patria, a sus instituciones —dijo Ortiz.

»—El ejército es además el pedestal en el que descansan todas las tiranías y considero que los jueces que me juzgan en este momento son mis más feroces enemigos.

»Y como sentí que la sangre me chorreaba por las sienes, me paré indignado pidiendo a mi verdugo que me matara de un balazo, pero que no me golpeara tan cobardemente. Y en un momento de distracción mía, el monstruo aquel sacó su revólver y disparó un balazo sobre mí. Creí por un momento estar herido en la cabeza porque, debido al adormecimiento causado por la sordera, nada sentía. Pero pasados unos segundos, comprendí que sólo se trataba de torturarme para producir en mí

algún síntoma de cobardía o arrepentimiento.

»Ortiz y sus ayudantes se apresuraron a buscar la bala y por haberse aplastado dijeron que había pegado en parte dura. Mientras a mi espalda esto acontecía, me quedé tan firme y sereno como si nada hubiera sucedido. La noble causa que siento y amo de corazón me hacía estar muy por encima de aquellos lobos.

»—Le voy a leer el acta para que la firme —me dijo el secretario.

»—Yo mismo deseo leerla para informarme de su contenido —le contesté. Y como la redacción de aquel documento estaba confeccionada de tal forma que yo mismo me consideraba culpable, me negué de plano a firmarla, aunque firmé dos que yo escribí con mi puño y letra.

»Vuelto a mi calabozo, pasé ese día torturado por el insomnio que produce una pesadilla. Al siguiente día fuimos sacados del cuartel, el compañero Santiago Vega y yo, en medio de una fuerte escolta rumbo a la playa. Nos pareció al principio que ésa iba a ser nuestra última morada; pero se nos llevó a un tren de pasajeros rumbo a Monterrey».

Los rumores de que Librado había sido detenido y golpeado por los militares salieron de Tampico y recorrieron el país. En Ciudad de México, el Consejo federal de la CGT se reunió el 26 de febrero y discutió la posibilidad de decretar una huelga general. «¡Se habían atrevido a golpear al viejo!», decía la voz anónima en el interior de un movimiento sindical que aunque se encontraba a la defensiva aún no había perdido

toda su fuerza anterior.

¿Dónde estaba Librado? El presidente Portes Gil señaló que desconocía el paradero, aunque él había dado instrucciones al general Ortiz para la detención. La imprenta de Avante había sido confiscada por el ejército, los grupos de Tampico y Cecilia eran perseguidos. La pregunta seguía siendo: ¿dónde estaba Librado? El viejo había sido conducido a una hacienda propiedad de Calles, llamada «El Limón» y de ahí a una segunda propiedad del ex presidente, llamada «La Aguja», mientras los militares decidían que hacer con él. Librado cuenta:

«Se encuentra allí un campamento militar en donde se nos tuvosecuestados ocho días; en cuyo tiempo los soldados o sus mujeres nos daban de comer; pero los que mejor se portaron, facilitándonos alimentos, fueron unos chinos. Volvimos a la hacienda “El Limón”, donde se nos hicieron proposiciones de libertad con la condición de que abandonáramos el estado de Tamaulipas; pero como me negué a aceptar la libertad en esas condiciones, se nos dejó libres al día siguiente, ya sin ninguna condición.

»Nos sentíamos orgullosos de nuestro inesperado triunfo [...] abandonados en aquellos campos y sin dinero; tuvimos la suerte de encontrar allí mismo buenos amigos que nos facilitaron dinero para nuestro regreso».

Excarcelado el primero de marzo, llegó a su hogar sólo para encontrar que la imprenta de Avante ya no existía. Un mes más tarde, el primero de abril, fue detenido

nuevamente por unas breves horas. Pero estaban locos si creían que podían impedir su trabajo. El 15 de abril, elaborado en una imprenta sacada de quién sabe dónde, aparecía un nuevo número de Avante, donde se daba información sobre lo sucedido, en un artículo firmado por el propio Librado, escrito con su prolijo estilo informativo.

Mientras tanto las protestas de los grupos anarquistas se producían a lo largo del país y las autoridades eran inundadas por cartas en las que se pedía la devolución de la imprenta a Librado Rivera. La policía de Cecilia y Tampico y el ejército se dedicaron a perseguir al equipo editor y a otros militantes de los grupos: así cayó encarcelado Emeterio de la O, quien fue deportado al D. F. y puesto a disposición de las autoridades militares.

La muerte del líder amarillo Isauro Alfaro, a manos del alijador rojo Esteban Hernández, el 14 de abril, en medio de una pelea callejera al finalizar una asamblea, dio el pretexto para la detención de Leandro Porras, que fue apaleado y quedó al borde de la muerte, y aunque Hernández reconoció en su declaración que el suyo había sido un acto individual y en defensa propia, fueron detenidos cuarenta miembros más de los grupos, once de los cuales fueron enviados a Ciudad de México.

El clandestino Avante siguió dando información sobre estos acontecimientos en sus números del 15 de mayo y 10 de junio, lo que motivó que Librado fuera denunciado por los dirigentes amarillos Serapio Venegas y Nicolás González y detenido de nuevo el 11 de junio.

La CGT levantó de nuevo su protesta, y organizaciones sindicales, comunidades campesinas y grupos anarquistas de todo el país realizaron actos por la liberación del viejo anarquista.

Librado salió muy pronto en libertad de su tercera detención en los últimos cuatro

meses, pero no había de durar mucho tiempo fuera. La continuidad de Avante era sentida por las autoridades militares como una ofensa. El 14 de julio, a las once de la mañana, Librado fue detenido y llevado a los sótanos de la jefatura militar de Tampico. Ahí lo mantuvieron sin alimentos y sin agua durante cuatro días. Como se negaba a dar información sobre la imprenta en la que se estaba confeccionando el periódico, tras cuatro días de tortura, los militares lo enviaron, bajo custodia a Cerritos, San Luis Potosí, y lo dejaron abandonado sin dinero.

El día 20 fue arrestado Esteban Méndez, que repartía propaganda de los grupos anarquistas contra la detención de Rivera. Se le encerró en un calabozo junto con su hijo de ocho años, que lo acompañaba en el momento de la detención.

El día 21, el general Ortiz lo torturó personalmente, produciéndole varias heridas en la espalda con su sable porque se negó a informar de la ubicación de la imprenta. Ese día los grupos realizaron un mitin en la plaza de la Libertad denunciando ambas detenciones. Nuevamente intervino la fuerza pública y encarceló a Inés Mena. Los interrogatorios no dieron resultado; en cambio, los arrestos produjeron una reacción masiva de los sindicatos del puerto, provocando que hasta las asambleas de las organizaciones más blandas se pronunciaran por la libertad de los detenidos. Librado consiguió dinero prestado y regresó a Tampico el 22 de julio. Un día después fueron liberados los restantes detenidos. Menos de un mes más tarde, circulaba el número 29 de Avante con una extensa narración de los hechos.

El viejo había derrotado de nuevo a los militares.

En octubre de 1929, Librado Rivera publicó un artículo en su periódico denunciando la ofensiva del gobierno contra la prensa roja. Un mes antes, el 13 de septiembre, se



había prohibido la circulación de Sembrando Ideas, de Baja California, y el 19 había sido desmantelada y confiscada la imprenta de Defensa Proletaria en el D. F. Librado, comentando estos hechos, escribía: «Ya en México vivimos en paz. Pero no en esa paz que deseamos todos los revolucionarios de verdad [...], sino la paz seria y monótona de los muertos».

El 5 de febrero de 1930 se hace cargo de la presidencia Pascual Ortiz Rubio, y su ministro de Gobernación es Emilio Portes Gil. El mismo día, el flamante presidente es objeto de un atentado y sin que venga a cuento, puesto que el detenido pertenecía a una organización conservadora, cae sobre la izquierda radical una nueva ola de persecuciones. El 11 de febrero se prohíbe la circulación de Avante (que había llegado a su número 33 en diciembre), de dos periódicos de la Juventud Comunista y de toda la prensa ácrata en español que se distribuía en México, sobre todo la argentina y la uruguaya. «Por si esto fuera poco, se allanó mi hogar por la policía—cuenta Librado—, arrasando con todo cuanto se encontró en mi domicilio, en donde yo tenía una biblioteca con más de dos mil quinientos volúmenes, siendo a la vez las Oficinas de Avante [...] Dinero (cerca de quinientos pesos), ropa y demás objetos de mi uso personal fueron decomisados, sin dejarme otra cosa con que abrigar mi cuerpo que la ropa que traía [...] y fui conducido al cuartel de la jefatura de la guarnición coronando el atropello con el despojo de anteojos y el poco dinero y estampillas que llevaba en el bolsillo, tomando de este dinero (contra mi protesta) los gastos del automóvil que nos condujo a la jefatura de Tampico».

En la oscuridad del calabozo, Librado trata de hacer un recuento de los daños sufridos por el saqueo policíaco. Se ha perdido una colección invaluable de Regeneración y otra de Revolución, varios diccionarios, sus dos pares de lentes...

El viejo se tira de los cabellos. Vaya que la pelea que ha entablado contra el Estado

es desigual.

Simultáneamente son detenidos Pedro Gudiño, Ángel Flores y Osvaldo Manrique; lo que quedaba del grupo Avante ha sido desmantelado. Pero no terminarán aquí las represalias. El primero de marzo, una escolta de veinticinco soldados se hace cargo del viejo y lo saca de la prisión con destino desconocido, lo acompañan siete obreros del partido comunista, también detenidos. Son llevados a la estación de ferrocarril y metidos en un vagón de carga que horas después será arrastrado lejos de la zona petrolera. Un día después, Librado aparece en la penitenciaría de Ciudad de México. Se dice que será enviado a las islas Marías. «A ninguno de nosotros se nos comunicó en Tampico la causa del arresto ni aquí tampoco se nos comunicó jamás. Sencillamente, a nuestra llegada se nos alojó en la jefatura de la guarnición de esta capital y de allí a la penitenciaría del distrito, ingresando ya directamente en el hospital de la prisión por haber llegado bastante delicado de salud».

La CGT interviene ante el presidente de la república para que se libere al viejo. El 5 de marzo se entrevistan con el secretario de Ortiz Rubio, quien les dice que nada se puede hacer por el momento; que el secretario de Gobernación, Portes Gil, está muy indignado a causa de un artículo de Librado en que lo acusa de haberse vendido a una compañía extranjera de agua potable cuando fue presidente. Tres días después una comisión visita la penitenciaría pero hay consigna del secretario de Gobernación de que Librado Rivera permanezca incomunicado.

El 20 de marzo «fui puesto en libertad dizque porque en las investigaciones que se hicieron no se encontraron datos que justificaran mi detención. Estoy aquí sin dinero y sin otros medios de vida, dada mi avanzada edad, buscando alojamiento en las casas de mis amigos, los que por fortuna siempre encuentro dispuestos adondequiera que voy.

Se me quiere someter por hambre ya que las cárceles han sido impotentes para convencerme de que estoy en un error y de cambiar el firme convencimiento que tengo de que ningún gobierno podrá resolver el problema de la miseria».

A partir del 20 de marzo, corre el rumor en la prensa del norte del país de que Librado Rivera ha desaparecido en el Distrito Federal. Varios periódicos se hacen eco de la noticia: «Ha desaparecido sin dejar huella de su paradero». Los rumores señalan que posiblemente ha sido deportado a las islas Marías. Manuel del Río, el coordinador de los grupos anarquistas de la zona petrolera, escribe: «No saben estos imbéciles que Rivera muerto es más terrible y un peligro más inminente para la estabilidad».

Pero Librado está bien y a salvo. En Ciudad de México, un tranviario de apellido Vega lo ha llevado a la casa de Nicolás Bernal, que le cede un cuartito para que viva.

Un mes y días más tarde da de nuevo señales de vida al publicar un artículo en Verbo Rojo titulado «Venganzas ruines», en el que dice: «Las amenazas y persecuciones de nuestros enemigos, lejos de amedrentarnos, nos sirven de aliento, porque ello nos indica que no somos tan insignificantes».

¿Qué sigue?, se pregunta Librado Rivera en agosto de 1930 al cumplir los sesenta y seis años. Vive arrumbado en un pequeño espacio que le cede Bernal en medio de los amados libros de Ricardo Flores Magón, que Nicolás sigue distribuyendo a un movimiento sindical cada vez más mermado. Vende grasa para zapatos como única manera de sobrevivir, intenta recuperar la imprenta de Avante para seguir la labor periodística, pero las autoridades sólo la ofrecen de regreso en caso de que «No se use para hacer labor subversiva». Se niega a recobrarla y en esas condiciones la imprenta es vendida en subasta pública en Cecilia. ¿Ha llegado la hora de la rendición? Librado recorre los ambientes sindicales rojos del D. F. En la CGT se manifiestan fuertes tendencias conciliadoras, los radicales están aislados. Aun así,

hay militancia, hay luchas. Librado se propone sacar un nuevo periódico.

La tarea le lleva un año. Un año completo. El primero de mayo de 1931 aparece en Ciudad de México Paso! . Librado va a cumplir sesenta y siete años, en los últimos cuatro ha vivido 270 días en la cárcel; no tiene empleo fijo ni recurso económico alguno; ni siquiera tiene su biblioteca, que ha quedado en manos de los policías en Tampico. Pero ahí está de nuevo, ahora con Paso! . Al principio es un periódico aislado de las luchas sociales, con un amplio espacio para el recuerdo magonero (¿se vuelve la vista al pasado en estos últimos años?), expresado en largos artículos con el sugerente título de «Aclarando hechos de hace treinta años», donde Ricardo y Enrique Flores Magón, Práxedes y Saravia vuelven a cabalgar con Librado Rivera, vuelven a conspirar, a editar periódicos, a trenzar la red que derribaría la dictadura porfirista. Junto a éstos, hay informes de ventas de folletos, de comités pro presos, y artículos ideológicos que hablan del carácter de los niños, de la intrínseca malevolencia del Estado...

Pero no se quedará ahí. Pronto Paso! comienza a intervenir en la polémica sobre la situación de la CGT, apoyando al grupo anarquista; da noticia de luchas y represiones de obreros de Baja California, maestros de San Luis Potosí y militantes anarquistas de la federación del D. F., que se escinde de la CGT. A partir del número 8, en diciembre de 1931, el periódico dirigido por Librado, se vuelve el órgano del grupo anarquista más ligado al movimiento sindical, el grupo Ideas y Acción. En ese mismo mes, sin advertencia previa, el gobierno retira la franquicia postal de Paso!. El número 9, de enero de 1932, es prohibido y ya no puede circular por correo. Librado imprime un volante, que se anexa al ejemplar, en el que cuenta el fin del proyecto, ahogado por la censura y por «lo que más nos aflige, nuestra escasez pecuniaria».

Y ahora, ¿qué? ¿Qué sigue? ¿Qué nuevo proyecto? Librado sale caminando el 19 de febrero de 1932 de la zona textil del sur de Ciudad de México, donde está recaudando fondos para un nuevo proyecto periodístico. Un automóvil conducido imprudentemente lo atropella al cruzar la avenida San Ángel. Lo llevan al hospital Juárez. Un viejo compañero, el general Juan José Ríos, ordena su traslado al hospital de Fabriles y Militares en La Ciudadela. Sus amigos quieren que demande al chófer que lo atropelló. Librado se niega; dice que nada ganaría on perjudicar a un trabajador que quizá tenía familia y en el informe policiaco del accidente se declara culpable. Durante dos semanas padece graves dolores. Un médico, amigo del general Villarreal, lo visita y denuncia que por falta de atención médica ha contraído el tétanos. Los doctores disimulan, ya es tarde para resolverlo. Una tarde, la enfermera que lo cuida trata de cubrirle el rostro para evitar que las moscas lo molesten; Librado le retira el brazo de un manotazo: «¿Conque luchando aún, compañero?», «Siempre luché contra las injusticias sociales de los fuertes».

Pocas horas más tarde entra en agonía.

El primero de marzo de 1932 Librado Rivera muere.

Tras nueve años de una alucinante guerra personal contra el Estado, una guerra vivida muchas veces en solitario, en el interior de un calabozo, una guerra en la que la terquedad y el estilo siempre fueron sus mejores armas, Librado Rivera descansa.

El 3 de marzo sale el último número de Paso! . Impreso anónimamente, aún conserva

en el cabezal el crédito: «Director Librado Rivera» y el número de su apartado postal en el D. F., el 1563. El periódico sólo tiene un artículo: «Librado Rivera ha muerto», y llama a que los obreros de Ciudad de México acompañen el cadáver desde el local de la Federación de Trabajadores, último reducto del anarcosindicalismo, hasta el panteón de Dolores. El artículo termina con una frase muy al tono de la lírica roja de la época:

«Que caiga sobre su tumba una lluvia interminable de flores rojas».

El último magonero se retira de la escena.

El vacío perdura.

Ya no se hacen hombres así. Los mejores de nosotros somos pálidas sombras al lado del viejo Rivera.

Por lo menos, deberíamos cubrir esa tumba, hoy desaparecida, esa inexistente tumba, con una interminable lluvia de flores rojas.

Menos mal que queda la historia. Menos mal que queda la memoria.